

El año más intenso.

El 98 de Vicente Blasco Ibáñez.

Francisco Pérez Puche

Francisco Pérez Puche, escritor y periodista, es Subdirector de *Las Provincias* (Valencia)

A

las diez en punto de la noche del lunes, 31 de octubre de 1898, se abrió el portón de la cárcel de San Gregorio, en la calle de San Vicente, y sonaron los primeros aplausos. Un grupo de periodistas y no pocos

militantes, junto con el abogado republicano Vicente Dualde, esperaba la salida de la prisión del diputado Vicente Blasco Ibáñez. Abrazos, palmadas en la espalda, sonoros saludos. El director de la penitenciaría, José Manuel Maldonado, despidió con mucho afecto al más famoso de sus presos, a quien había tenido el honor de custodiar durante cinco días, desde que el juzgado militar se lo encomendara el jueves anterior.

La cárcel de San Gregorio no era precisamente el Hotel de Roma, pero algunos presos notables, como el diputado, escritor y periodista Vicente Blasco Ibáñez lograban ver bastante atenuados sus rigores. El señor Maldonado acababa de tener un gran éxito al abortar la fuga de seis presos de muy mala catadura que habían conseguido fabricarse



Miting de V. Blasco Ibáñez desde la redacción del periódico *El Pueblo*.

una llave falsa para pasar de la parte conventual a la vieja iglesia, y de ella a la calle; pero era un funcionario con mucha mano izquierda y comprendía que esta nueva detención del prestigioso escritor obedecía al rigor incontenible de los tribunales militares. De modo que el diputado Blasco pudo gozar de una inmunidad parlamentaria que su abogado, el incansable Dualde, no iba a tardar en refrendar. Leer la prensa, tener libros y recado de escribir, recibir cada mañana un buen desayuno y disponer de despacho eran algunos de los gajes del prisionero, gracias a sus correligionarios y al generoso trato del director del correccional.

Por eso mismo, en la tarde del lunes, el señor Blasco, más que huésped de una decrepita prisión que se levantaba donde un siglo después está el teatro Olympia, desarrolló una actividad no menos intensa que la del señor Sagasta en la Presidencia: mientras todos los colegas de la prensa valenciana, con Llorente a la cabeza, hacían nuevas gestiones para lograr su libertad, él recibía a una comisión del Gremio de Carniceros y a otras representaciones de su partido, entusiastas admiradores, venidos expresamente desde Pego, Denia, Massanassa, Llíria y Xàtiva.

Cuando salió de prisión, Blasco encendió un buen veguero y se puso en marcha, entre vivas y aplausos, por la calle de la Sangre y los solares de San Francisco, hacia la redacción de *El Pueblo*, en Don Juan de Austria. Una vez más, la sede del periódico fue punto de cita de docenas de militantes que le saludaron y felicitaron hasta el amanecer.

No era la primera vez. Le habían aclamado en la calle, incluso con bandas de música; cuando salió de la prisión y al ser elegido diputado por la ciudad de Valencia y su distrito, con más de seis mil votos, en marzo de 1898. Tenía entonces 31 años; quizá muy pocos para la percepción de finales del siglo XX. Pero se puede asegurar que gracias a todas sus vivencias y decisiones del año 1898, nacidas de los campos internacional, nacional y local, el hijo de la tienda de ultramarinos de la calle Jabonería Nueva alcanza la madurez intelectual, polemista, literaria y política que venía buscando, fraguada durante los tres años en los que España sufrió el conflicto colonial.

EL CONFLICTO DE VALENCIA

Éste es un intento de puesta en escena de un episodio en la vida de Vicente Blasco Ibáñez. Los datos sustanciales proceden de las páginas diarias de información de *Las Provincias*, que siempre tuvo con el político valenciano el trato mesurado, correcto y cortés que Teodoro Llorente le dispensaba en lo personal. Las discrepancias políticas eran grandes y las literarias muy escasas. Llorente admiraba a Blasco novelista, que en buena medida había descubierto, y discrepaba del periodista republicano, demagógico, extremoso y volcánico que ahora era diputado al Congreso y gozaba de las mismas respetables prerrogativas que él mismo tenía como senador por Valencia.

La visita de Blasco a la prisión se debía a un artículo sobre el conflicto del gas, contra los excesos del tristemente famoso monsieur Touchet, el administrador de la fábrica de los herederos del marqués de Campo. El hombre había subido las tarifas del combustible y además no quería cumplir el compromiso de suministrar gratuitamente el fluido para el alumbrado público suscrito años atrás por el patricio valenciano con su ciudad. Siguiendo el ejemplo de un diputado de Madrid, también periodista, Blasco quiso usar su inmunidad

parlamentaria para publicar un artículo especialmente duro que los militares le habían prohibido. La censura de prensa, habrá que explicarlo, fue impuesta por Sagasta, junto con el estado de guerra y otras restricciones a los derechos constitucionales, el mismo día de julio de 1898 en que se supo que la flota del almirante Cervera había sido destruida en la embocadura de la bahía de Santiago de Cuba, cuando quedó claro que el viejo poder colonial español se había saldado con un gran desastre.

El llamado “episodio Touchet” fue notable en la trayectoria de Vicente Blasco. Aunque visto dentro del conjunto de su intensa vida es una gota en el océano, estamos ante una acción en la que el diputado aúna sus tres grandes recursos, los de periodista, escritor y diputado, y los pone a contribución de una causa en la que su ciudad, los vecinos y la corporación municipal, están sufriendo una agresión concreta y extremadamente injusta que nadie, hasta el momento, había querido resolver, ni en Valencia ni en los ministerios de Madrid. Es uno de los momentos en los que la sensibilidad de Blasco por su ciudad más claramente puede percibirse. Y obtenemos la clara impresión de que quiere hacer ese tributo a su ciudad usando las herramientas de que dispone, incluida la fuerza del parlamentario.

EL DIPUTADO

El día en que Blasco salió a la calle, los periódicos valencianos, el suyo desde luego, llevaban largas crónicas que relataban las tristes escenas de la llegada al puerto, a bordo del “Juan Forgas”, de cientos de soldados repatriados de Cuba, donde el conflicto estaba ya concluido. La vuelta de los enfermos y heridos es un revulsivo para toda España; se clama, tras la derrota, por una regeneración política, social, cultural; se espera una recuperación del alma española, ansiosa de modernidad, libertad e ideas superadoras. Blasco, que lleva clamando contra la guerra desde que se inició, desde que se despidió en el Grao al primer barco con soldados valencianos, en marzo de 1895, se ha decidido a ser diputado, en marzo de 1898, precisamente por la guerra de Cuba y sus frustraciones.

La campaña electoral le hizo madurar. A palos también se aprende y *El Regional*, un diario carlista,

ultraconservador, azuzó contra él sus amoríos con la Buliccihoff, una cantante de ópera que había conocido en 1891, cuando se casó con María Blasco, con 24 animosos años. Eso era nuevo para él y tuvo que afrontarlo; salió al paso desde su periódico, contando a sus lectores que la enemistad política quería presentar como un libertino a un hombre que iba y venía del partido a la redacción, sin apenas tiempo para su familia.

Patraix y Ruzafa; el Grao, el Cabañal y el Mercado. Los pueblos marineros, ahora incorporados a la ciudad, son de su distrito, como Burjassot y Almassera, dos feudos del blasquismo. Mítines y barrios, problemas reales de la gente; fintas y escarceos de la política, mentiras y traiciones. Una

Seis mil electores, la mayoría, respondieron a la utopía de cambio trazada por Blasco Ibáñez y su palabra. Clases medias, menestrales, “botiguers”. Sarthou, su gran contrincante, sacó escaño, pero se quedó 1.300 votos atrás. Él mismo escribió que apenas había gastado 500 pesetas y que no había usado “otros procedimientos de lucha que la convicción y la simpatía”. En abril, el nuevo diputado habla por vez primera en el Congreso; emocionado, siente que es su salida al mundo desde el espacio, definitivamente estrecho para sus aspiraciones, de Valencia. Madrid, donde triunfan otros muchos valencianos, Sorolla y Benlliure los primeros, escucha una voz republicana: “Hemos de manifestar que venimos aquí a sentarnos en estos bancos



campana electoral para llevar adelante una candidatura republicana de fuerte contenido social que los conservadores tachan de revolucionaria no es en absoluto fácil y enseña mucho.

La campaña se desarrolló entre el 6 y el 27 de marzo. En medio, durante las fallas, los republicanos quisieron aprovechar la amargura general de la guerra de Cuba, que tensa hasta el límite las relaciones con los yanquis. Hay que luchar en varios frentes, abrirse camino entre diversos candidatos: promesas, sueños, demagogia también. Aprendió, sin duda, a tener recursos y a sacar los mejores resultados de un esquema político sencillo: la Corona, “lo existente”, es la fuente de todos los males que sufre España; erradicarla, pues, habrá de ser la solución primera de la que se deducirán todas los demás bienes, de la mano de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

enviados por la voluntad de muchos miles de españoles que no sienten simpatía por lo existente, y hemos de ser fieles a estos electores y hemos de ser fieles también a los ideales republicanos que queremos representar aquí”.

Causó el escándalo buscado. Sus palabras, cuando él quería, tenían el efecto de las tracas. Y los ánimos estaban muy irritables porque España, desde tres días antes, estaba envuelta en una guerra con Estados Unidos, absolutamente desigual, de la que iban a derivarse, apenas en unas semanas, los desastres de Cavite y Cuba. Ahora afronta, en Madrid, los problemas nacionales que son también de índole internacional. Su arco de preocupaciones se ha extendido, aunque no es la primera vez que se ocupa de cuestiones exteriores. Como periodista, vive al día. Sabe, pues, que el primer ministro inglés ha propuesto que las naciones jóvenes y las grandes acaban

inexorablemente con las pequeñas y caducas y comprende muy bien por dónde tiene tendencia el mundo a girar en el conflicto que nos enfrenta con el gigante americano. Ninguna otra nación ha apoyado a España en su intento de evitar la guerra; y en el envite apenas hemos tenido la simbólica simpatía de Francia.

EL CASO DREYFUS

De la nación vecina le llegó a Blasco, en febrero de 1898, un episodio que despertó su pasión literaria y política, su sentido de la justicia y su íntima convicción de la prevalencia de la libertad y la justicia. Es el Caso Dreyfus, la injusta condena de un militar, de origen judío, envuelto en el deshonor de una acusación de traición fraguada a base de pruebas falsas y silencios. Blasco, además de como periodista, sintió el asunto como escritor, hombre de convicciones y de ideas, a través de un admirado maestro francés, Émile Zola. En enero de este año crucial, este hombre, escritor privilegiado y columnista de prensa, lanza su famoso manifiesto, titulado como se recuerda “J'accuse!”, en el que lanza invectivas contra el gobierno de Faure, contra la conspiración de silencio y miedo que tiene al oficial condenado, como si fuera una víctima de la peste, en la inhóspita Isla del Diablo.

En el año de la intensidad, Blasco Ibáñez informará a Valencia por extenso del admirable régimen de libertades de Francia, donde una voz puede alzarse en defensa de los derechos de un proscrito. Cuando Zola sea víctima de la bola infamante, por querer remover las aguas, Blasco hará sonar en Valencia la campana de la libertad y reunirá cientos de firmas en favor del hombre que es su guía literario y doctrinal. Las mejores informaciones, amplios comentarios, llamamientos constantes a los lemas y virtudes que pregona la admirada República francesa, serán material de consumo de los lectores de *El Pueblo* y energía que alimentará la candidatura del diputado, presentada apenas seis semanas después del universalmente conocido artículo de Zola en *L'Aurore*.

Aprendizaje, maduración y expresión plural de iniciativas son las características de la conducta de Blasco en un año que para él se presenta cuajado de proposiciones, noticias y vivencias. En el año 1898 le falta, evidentemente, dar un nuevo paso literario. Si se ha consagrado como periodista y como político, si ya tiene la dimensión del éxito

en *El Pueblo* y el acta de diputado en la cartera, precisa ahora de una novela. A lo largo del verano, en medio del fragor de la derrota de Cuba y Filipinas, mientras regresan de las colonias los soldados enfermos y macilentos, Vicente Blasco Ibáñez escribe *La barraca*. Según él mismo contó, durante la campaña electoral de marzo de 1898 recuperó, en el Cabañal, el manuscrito de un cuento que escribió y dejó abandonado (marzo de 1896) en su escondite provisional de la huerta, cuando esperaba huir a Italia después de haber promovido en Valencia una manifestación por la que iba a ser detenido y procesado.

El texto breve de marzo de 1896 crece hasta ser, en noviembre de 1898, una espléndida novela. Comienza a publicarse por entregas en el diario y sale a la luz, a los pocos días, de forma unitaria. Muchos la consideran, después de *Flor de mayo*, la primera expresión clara de la madurez intelectual, artística, narrativa también, del escritor. Es, desde luego, una de las mejores obras del ciclo valenciano; su percepción naturalista, la riqueza de las descripciones, el dramatismo con que traza figuras y personajes, la facilidad con que asimila y da vida a los tipos de la vida común, todos con gran fuerza vital y literaria, sigue causando la admiración de miles de lectores que a los pocos meses de publicarse dieron al propietario de *El Pueblo*, al diputado, el espaldarazo del éxito.

Periodista, político, escritor. El poder de la palabra, su exhibición de facultades en todos los géneros y ámbitos es el gran don de un hombre que, por encima de sus proyectos personales o profesionales, demuestra que se divierte escribiendo, que disfruta al hacer que su herramienta de trabajo fluya con toda facilidad al servicio de sus propósitos: belleza y demagogia, controversia política, lirismo, sátira, ataque personal, dramatismo, reflexión, reportaje vivo y angustiosa lástima. Todo eso, y aún más, se deduce de la potencia de un hombre, que sobre todo, sabe desplegar facultades portentosas ante los folios en blanco.

“Celebramos que nuestro colega se halle ya en libertad”, escribe *Las Provincias* el 1 de noviembre de 1898. Es la expresión de una cortesía profesional, también de una vieja, admiradora amistad. Valencia, en fin, en el año más intenso, en el año de la gran revelación de Vicente Blasco Ibáñez.